

Amores que matan

A Luz Marina le rociaron gas lacrimógeno en los ojos. A Susana le cortaron las manos. A Brenda la mataron. En lo que va del 2009 doce mujeres han sido asesinadas por sus parejas. Historias de amor que terminaron siendo de crimen y violencia

Dora Luz Romero

magazine@laprensa.com.ni

Abrió los ojos. Aún sentía el cuerpo magullado y no podía moverse. Recostada en una cama del Hospital Ernesto Sequeira Blanco de Bluefields uno de los primeros días de diciembre de 2007—no precisa cuál-- Susana Zamorán, de 25 años no sabía dónde estaba. Tampoco recordaba cómo había llegado hasta ahí. Pero cuando movió sus brazos y se miró empezó a recordar. Fue como haber retrocedido el casete de su vida. Una cinta triste, cruel y violenta. Y no pudo soportar los recuerdos e irrumpió en un llanto cargado de impotencia y resignación.

Al mover sus brazos, Susana Zamorán tuvo la sensación que sus manos estaban ahí, pero eso era sólo un reflejo. Hacía unos días, su pareja, José Tomás Díaz, tomó un machete y le cortó las dos manos. “Por celos”, dice ella. Así fue como llegó a parar a ese cuarto del Hospital de Bluefields desde la comarca El Lajero, municipio de El Tortuguero, de donde es originaria.

En Nicaragua cada año crece la cifra de mujeres asesinadas a manos de sus parejas. En lo que va del 2009 han sido doce las víctimas. Algunas como Susana-- a pesar de su desgracia--logran salvarse de la muerte, otras como Brenda Castillo y Luz Marina Ruiz, engrosan la cifra.

No son asesinos en serie, ni dementes, tampoco maniáticos desconocidos, son los novios, los esposos, quienes acaban con la vida de estas mujeres. Dicen que por celos, por enojo, por creerse superiores... por lo que sea, lo cierto es que cuando cae el sol y llega la noche muchas mujeres van a la cama y sin saberlo, duermen con el enemigo.

En el 2005, Susana conoció a José Tomás Díaz, un cuarentón, gordo y bastante serio. De vez en cuando pasaba saludándola por su casa en la comarca El Lajero. Ella, veinte años menor que él lo saludaba llena de entusiasmo y con una sonrisa de complicidad.

Para ese entonces, Susana tenía dos hijos de diferentes hombres: David Espinoza, de seis años y Darwin Granja, de dos. Del padre del primero se separó porque su familia “no me quería” y del otro porque él la dejó por otra mujer. “Yo ya no quería saber nada más de hombres”, dice Susana casi susurrando.

Pero apareció José Tomás. Trabajador, amoroso y ella, con tantos atributos que vio en él, decidió darle al amor una oportunidad más. “Yo me dije que ya no iba a querer a un joven por lo que me había pasado. Entonces cuando lo miré, pensé: tal vez con este que está viejo para que me quiera mucho”, cuenta.

Se equivocó. Apenas José Tomás se mudó a su casa, ella supo que no había tales atributos. “No le gustaba trabajar. Sólo vivía echado en la hamaca. Trataba mal a mi mamá, vendió mis tierras, no me dejaba salir y me decía que mi niña (Aidalina) no era de él”, se queja.

Susana salía a trabajar la tierra cada mañana. Sembraba yuca, frijoles, quequisque... Adoraba montar a caballo y sentirse libre porque cuando llegaba a su casa ya no lo era. “Yo no podía platicar con ninguna mujer ni salirme al corredor de la casa a platicar con ellas porque cuando él llegaba rapidito les decía: ¿Qué es lo que le pasa a usted con mi mujer? Si va a platicar platique aquí donde yo esté oyendo, pero allá no me la lleve”, relata.

Y otras veces era peor. “Cuando yo le decía que quería ir a una fiesta o salir a pasear me iba peor. Ahí sí que me penqueaba. ¡Que iba a poder ir! Nunca. Él se iba sólo y regresaba hasta la madrugada o a veces se perdía días y quién le iba a decir algo. Mi mamá viejita y yo mujer. ¿Qué podíamos hacer? Nada”, dice.

Los casos de mujeres maltratadas, violadas y asesinadas aparecen a diario en los medios de comunicación. Y son tantas las historias de violencia hacia las mujeres que ya no sorprenden, a menos que sean casos tan dramáticos como el de la joven Brenda Castillo, una jovencita de 25 años

asesinada por su ex novio en abril de 2008.

A Brenda Castillo le faltaban ocho días para graduarse como licenciada en Diplomacia y Ciencias Políticas. Era una joven independiente. Vivía sola en la casa de su mamá ubicada en el Barrio San Sebastian. Su mamá, Tesla Rodríguez había emigrado a España con su hijo menor, Oscar.

Brenda además de estudiar, trabajaba como agente de ventas en la distribución de tarjetas de crédito. Era miembro de la Iglesia Cuerpo de Cristo, le gustaba ir al cine y era especialista en hacer amigos donde fuera que llegara.

Hasta ahí, su vida parecía ir bien. Pero apareció en la historia Antonio Urbina Fonseca, un muchacho de 24 años, quien se convirtió en su novio y cambió el rumbo de la vida de esta jovencita.

Los primeros meses de noviazgo fueron de amor. Antonio llegaba hacer visita a la casa de Brenda, conversaban, salían a comer...“Ella estaba enamorada de él”, recuerda Vilma López, compañera de clases de Brenda. Pero cuando tenían más de un año de estar juntos los problemas comenzaron. “Brenda quería terminar con él, pero después nos dimos cuenta que la amenazaba”, explica Carolina Castillo, tía de Brenda y quien con ojos llorosos y la voz quebrada recuerda lo que su sobrina le confesó en repetidas ocasiones: “Él me va a matar. Yo lo sé”.

Los días pasaban y la relación que un día fue de amor era cada vez más un lejano recuerdo. Él le pegaba, la amenazaba, e incluso, afirma su tía, en noviembre de 2007, “él la violó”.

Cuando Brenda quiso terminar la relación el final fue trágico.

La madrugada del 11 de abril de 2008 llegó tomado y a gritos la llamaba. Discutieron toda la noche.

A eso de las 7:00 de la mañana se escucharon los gritos:

--¡Doña María José Ayúdeme! --le gritaba Brenda a su vecina.

Cuando los vecinos y curiosos lograron entrar, la escena era escalofriante. “Los dos bañados en sangre. Él estaba montado sobre ella y pasándole un pedazo de vidrio por el cuello a mi sobrina”, dice la tía. Aún consciente la llevaron al Hospital, entró en coma y así permaneció por 8 días. Luego falleció.

Antonio, fue condenado a 16 años de prisión, luego de que los familiares y amigos de la fallecida exigieran justicia.

Una de cada tres mujeres en el mundo ha sido golpeada, forzada a mantener relaciones sexuales o sufrido otro tipo de malos tratos a manos de su pareja a lo largo de su vida. Así lo asegura un informe presentado por Naciones Unidas en diciembre pasado.

Susana Zamorán fue una de esas tres.

A mediados de noviembre de 2007, Susana, su marido y sus tres hijos emprendieron viaje para visitar a su mamá, doña María Pérez. Al arribar, en la casita de doña María encontraron a su nieto de quince años junto a un viejo amigo, quienes se quedarían por unos días. “Cuando nosotros llegamos (27 de noviembre) mi marido se enojó porque no le gustaba que llegara nadie a la casa”, relata Susana.

Esa tarde, las visitas llevaron una iguana que sirvieron de cena esa noche. A la mañana siguiente José Tomás amaneció vociferando. “Me gritó un montón de cosas, pero yo no le dije nada”, asegura.

De pronto, se le acercó y furioso le dijo:

--Hoy sí es el día que vas a ver. Ahora sí vas a ver quién soy yo.

Susana atemorizada y recostada contra una pared ni siquiera se movía. José Tomás jaló un machete y ahí, frente a su mamá y sus tres hijos le tiró a matar. “Miré que iba a quitarme la cabeza yo sólo metí las manos”, dice Susana.

No hubo tiempo para reacciones. Susana cayó al piso sin sus dos manos, sus hijos salieron horrorizados y su mamá con los ojos abiertos como platos no pudo decir ni una sola palabra. Cuando logró gritar los vecinos llegaron y trasladaron a Susana al Hospital de Bluefields.

Mientras tanto, su sobrino con machete en mano siguió a José Tomás por casi tres horas. Al alcanzarlo, el muchacho le cortó los dos brazos, pero como recordó que éste le había prometido matarlo, entonces sin pensarlo lo mató y huyó. Dicen que estuvo dos meses preso, pero luego lo

soltaron.

Las mujeres entre 15 y 44 años—dice un estudio de Naciones Unidas presentado en 2006—tienen más probabilidades de sufrir mutilaciones o de morir debido a la violencia masculina que por cáncer, accidentes de tráfico o la guerra.

Luz Marina Ruiz tenía 42 años cuando su esposo la mató.

--¡No me matés!--dicen le suplicó varias veces.

Era 6 de febrero de 2008, Juan Bautista Silva, de 49 años, no tuvo compasión de la mujer con la que había convivido durante 23 años y con quien había procreado una niña.

Las crónicas del suceso relatan que ella recibió una llamada que a Silva lo hizo enfurecer. En medio de la discusión, ella intentó salir de la casa, pero él la encerró, le echó gas lacrimógeno en los ojos, y con una navaja le dio varias estocadas.

El problema, dicen integrantes de la Red de Mujeres contra la Violencia (RMCV) es que los hombres se sienten dueños de las mujeres. “Lo que estamos diciendo es que las mujeres tenemos un derecho fundamental que es la vida y no es posible que estemos muriendo a manos de hombres que supuestamente nos quieren, nos quisieron o en quien depositamos la confianza”, considera Evelyn Flores, de la RMCV. De acuerdo al informe de Naciones Unidas la causa fundamental de la violencia contra la mujer “radica históricamente en las relaciones del poder desigual entre mujeres y hombres y en la discriminación persistente contra la mujer”.

Susana Zamorán lleva una vida nueva. Desde que perdió las dos manos dejó su comunidad y ahora vive en Bluefields junto a su mamá y sus tres hijos. Viven de lo que la gente les regala.

En medio de la perra vida parecen felices. Los niños corretean por toda la casa y la niña, la menor de todos, no deja de abrazar y besar a su mamá.

A Susana le ha tocado re aprender a bañarse sola, vestirse, ir al servicio...

--¿Qué más has aprendido hacer?

--Puedo encender la cocina. Tengo que ponerme la cosa esa (la prótesis) para poder encender los fósforos.

--¿Cómo es tu vida ahora?

--Pues sin las manos no puedo hacer mucho, es como si la vida de uno hubiera acabado, pero después me alegro porque pienso qué sería de mis hijos sin mí. Sufrirían más y por eso le doy gracias a Dios.

--Y ¿tenés pareja ahorita?

--(Ríe avergonzada) Noooo. Yo ya no pienso en estar con un hombre. Ni se me cruza por la mente. Me da pena. Porque digo yo ¿quién es ese que sea tan bueno que va a querer una persona sin manos que ya no puede hacer nada?